

mal, a la pregunta sobre las guerras de Independencia en la Nueva Granada y su papel en las mismas. Con el tema religioso, no solo logra Peláez hacer la mirada de la narradora aún más marginal, sino que plantea la imposibilidad e inoperancia de establecer juicios de valor al respecto.

He aquí una mirada novedosa y neutral, aun cuando apasionada y completamente verosímil, de la época de la Independencia y de los hechos fundacionales de la nación colombiana. Guerra y revoluciones, que solemos asociar con muerte, con lo trágico y con una perspectiva esencialmente masculina, son tratadas desde la sexualidad y la sensualidad de una mujer que presencia lo ocurrido y lo registra en sus escritos. El punto de vista de la narradora es privilegiado, puesto que al encarnar la otredad en sí misma, tiene la posibilidad de atestiguar el pasado desde la periferia y a la vez, adentrarse en la historia e incidir en su desenvolvimiento. En cada página de la obra de Peláez, el lector siente el correr de sangre caliente y pasional y revitaliza su propia historia. Luego de terminar su lectura, continúa viviendo entre los personajes y acontecimientos narrados, tal como ocurre en todas las novelas dignas de rescatar y que, con seguridad, van a trascender en el tiempo.

Melisa Restrepo Molina

Logros notables, dentro de una literatura de tercer orden, como es la colombiana

Escribir en Bogotá

JUAN GUSTAVO COBO BORDA
Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, Secretaría de Educación del Distrito, Instituto Distrital de las Artes (Idartes), Colección Libro al viento, Bogotá, 2011, 85 págs.

GONZALO JIMÉNEZ de Quesada, Juan Rodríguez Freyle, José Asunción

Silva, Rufino José Cuervo, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, Eduardo Caballero Calderón, Helena Araújo, José Antonio Osorio Lizarazo, Nicolás Gómez Dávila, Luis Fayad, Nicolás Suescún y Álvaro Rodríguez son los trece autores a quienes Cobo Borda se refiere en este volumen de título bastante indicativo. Me es inevitable pensar al respecto en un título semejante de Ramón Illán Bacca: *Escribir en Barranquilla* (1998). Y supongo que Cobo tendrá una noticia exacta de este libro del novelista samario.

Pero aunque los dos autores intentan hacer una aproximación histórica de las letras de ambas ciudades, la manera como la llevan a cabo, sus procedimientos, sus puntos de vista y sus resultados son muy distintos. Que yo recuerde, en el libro de Ramón Illán Bacca, por ejemplo, hay desde su título una intención irónica. Pues, desde él y las páginas que constituyen el libro, se reconoce una especie de tesis que se podría expresar más o menos así: escribir en Barranquilla es una acción a contracorriente. Barranquilla, ciudad portuaria y comercial, no es un lugar propicio para los espíritus contemplativos que exige la literatura. No obstante ello, hay una literatura de Barranquilla y, lo que es más increíble, hubo un Grupo de Barranquilla del que surgió la figura y la obra más importante de la literatura colombiana hasta el día de hoy.

En cambio, de este *Escribir en Bogotá*, si exceptuamos el obligado tema de la ciudad misma, de los avatares de su historia, que desfilan por buena parte de la recreación hecha por los autores seleccionados según sus circunstancias temporales, difícilmente se podría extraer una tesis orgánica. Quizá porque al parecer su autor no lo concibió así. De manera que nos encontramos ante unos textos desiguales en extensión y profundidad, quedando la idea de trabajos hechos para la ocasión, es decir, en diferentes momentos coyunturales, y que al final determinó reunir en un momento también coyuntural (tal vez el de la oferta u ocasión de publicar un volumen que recogiera sus impresiones sobre algunos autores bogotanos).

Ejemplos serían la oposición entre los textos dedicados a Helena Araújo y a Eduardo Caballero Calderón, que

en vez de constituir un análisis de sus obras más representativas se presentan como reseñas de sendos libros de estos autores, en oposición a los abordajes más completos que realiza a la obra de autores que o bien admira (Gómez Dávila u Osorio Lizarazo) o bien desdeña literariamente. Esto último ocurre en particular con el trabajo dedicado a Jorge Zalamea, de cuya obra *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, me he permitido pluralizar una afirmación para dar título a esta reseña. La frase literal que Cobo Borda propone a propósito de este libro reza: “subsiste, como un logro notable, dentro de una literatura de tercer orden, como es la colombiana” (pág. 47).

Y, precisamente, la destaco y pluralizo porque es una frase que no puede pasar desapercibida viniendo de uno de los personajes que ha desempeñado un papel muy importante en el establecimiento contemporáneo del canon nacional y porque, sea como sea, a través de este libro, Cobo Borda hace un balance de la literatura escrita en Bogotá, capital de Colombia. Cabría decir entonces que estos autores y las obras a las que se refiere constituyen en buena medida la representación de esos “logros notables” en nuestra literatura de “tercer orden”.



El libro, en todo caso, sigue un orden cronológico. De manera que todo empieza con un texto referido a Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien Cobo llama “El letrado fundador”. Al respecto, el crítico y poeta bogotano no registra un análisis del libro que justificaría al conquistador también como el iniciador de las letras bogotanas, y apenas referencia *El Antijovio*, la obra que justifica su presencia en este volumen como un libro concebido para rectificar otro pretendidamente histórico que

había elaborado su contemporáneo, el obispo italiano Paulo Jovio. La figura de Quesada es utilizada, a su vez, para proponer la situación particular del intelectual desde Cervantes, al asumir (haciendo eco a una idea de Germán Arciniegas) que el apellido del fundador de Bogotá y su propia figura y vida inspiraron justamente a Cervantes al personaje escindido entre la vocación de las armas y las letras, esto es, a Alonso Quijano, el intelectual apacible que insatisfecho de su vida deriva luego en el caballero don Quijote.



Apenas dos generaciones después de Quesada nace en Bogotá Juan Rodríguez Freyle (1566-1638), el autor del célebre libro de crónicas denominado *El carnero*, en quien de manera prácticamente unánime se suele reconocer al padre del relato breve en Colombia. Del texto que le dedica Cobo se infiere que aún con sus méritos particulares de narrador, Freyle se había inspirado en la lectura de autores anteriores al siglo de oro español, lo que de alguna forma puede significar un retraso en la concepción tanto literaria como ideológica de este autor que, a su vez, podría reflejar la forma como la futura Colombia y a lo mejor América Latina empiezan a formar parte del “mundo”. Con una lengua propia, sí, pero también con un desfase intelectual que tal vez repercutiría en la anacronía que caracteriza aún hoy al subcontinente, donde todavía sobreviven en gran forma ideas e instituciones más bien de orden medieval. Es quizá nuestra mayor paradoja: la de habernos inscrito en la historia oficial del mundo en ese gran momento de avanzada que fue el Renacimiento, pero asumiendo los ideales anacrónicos de España, que bien cristalizan en el *Quijote*.

El tercer autor que Cobo reivindica en este libro es José Asunción Silva,

dejando de lado a los autores del siglo XIX que se inscribieron en movimientos o corrientes ajenas al Modernismo y, como el silencio otorga, podríamos decir que no considera suficientemente valiosos a autores como Rafael Pombo o los que, por ejemplo, integraron El Mosaico. En cambio, sí le dedica un trabajo a un autor más representativo de la gramática que de la literatura propiamente dicha, Rufino José Cuervo (1844-1911), a quien llama “el bogotano que le enseñó castellano a los españoles”. ¿Será que Cobo le apuesta más a la gramática que a la literatura en sí? O, más bien, esta afirmación y la presencia del lingüista en este libro, que, por cierto, vivió y realizó gran parte de su obra en París, aunque antes atesoró un peculio a expensas de la empresa cervecera que fundara en Bogotá, ¿son un indicio de la forma en que fue elaborado este pequeño volumen como sugerí antes? Es decir, ¿para la ocasión?

Uno de los autores más encomiados por Cobo y el cuarto en la disposición del volumen de la colección Libro al viento tampoco escribió precisamente una obra literaria, sino que se dedicó a hacer propuestas menos académicas de la historia nacional y latinoamericana. Me refiero a Germán Arciniegas. Siempre será motivo de discusión, no obstante, qué tan verdaderos son los relatos que los historiadores presentan como tales, como también qué tantos valores literarios puede tener un libro que no ha sido elaborado con un fin fundamentalmente estético.

Del sexto autor en orden de presentación ya he hablado antes: Jorge Zalamea. Ese autor de quien afirma consiguió, con *El gran Burundún-Burundá ha muerto* (1941), “un logro notable” en nuestra “literatura de tercer orden”. Como se sabe, y así lo reconoce Cobo, este relato se ha señalado como antecedente directo de *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), uno de los cuentos de García Márquez que daría el tono a sus dos obras más notables: *Cien años de soledad* (1967) y *El otoño del patriarca* (1975). De la producción literaria de Zalamea, Cobo solo resalta sus versiones al español de Perse y esta obra, que, por la forma como lo dice, no constituye precisamente un mérito.

El libro continúa con el trabajo dedicado a la obra *Memorias infantiles* (1964), de Eduardo Caballero Calderón, que fue elaborado con motivo del centenario del autor, es decir, en 2010, y en la que Cobo ve representada la raíz de las inquietudes literarias que Caballero Calderón expresara en sus más de veinticuatro títulos, pero que resume en el título de su reseña: “De Bogotá a Boyacá con etapas intermedias”, la cual se remonta a la infancia del novelista vivida en la aún aldeana Bogotá de 1920.

Luego aparece la única mujer en el libro, la única escritora cuya obra constituiría “un logro notable” en “nuestra literatura de tercer orden”: Helena Araújo, de quien también reseña su libro de relatos *La M de las moscas* (1970). Ella es acaso una de las autoras que describe a la Bogotá más reciente, la que empezó a constituirse en los años sesenta, tras la transformación violenta de 1948. Y, justamente, de esa Bogotá que estalló en 1948, pero que venía hinchándose al menos desde los años treinta, abonada por la migración del campo a la ciudad, el desarrollo tecnológico y la desigualdad social, referencia Cobo una especie de saga constituida por seis novelas de José Antonio Osorio Lizarazo, el noveno de los autores que registra: “En ellas, con un cierto apresuramiento, producto de su vocación periodística y un cierto maniqueísmo resentido, fruto de su deliberada voluntad de lucha, Osorio Lizarazo nos cuenta la transformación que experimentó Bogotá: deja de ser una aldea y se va convirtiendo, poco a poco, en metrópoli” (págs. 64-65).

A este último, sigue el nombre de Nicolás Gómez Dávila y su obra *Escolios a un texto implícito* (1976), para quien solo hay términos encomiables. El carácter pasatista de Gómez Dávila lo hace, según Cobo, un autor original y admirable, quien en la línea de Nietzsche se sirve del aforismo para expresarse fundamentalmente contra los valores del mundo contemporáneo. Verbigracia: “El poeta no traduce una visión en palabras. Su visión se elabora en ellas. El poeta descubre lo que quiere decir diciéndolo. La poesía es una retórica victoriosa” (pág. 68).

El novelista Luis Fayad, el cuentista y poeta de la llamada Generación desencantada Nicolás Suescún, a la que

pertenece Cobo, y el poeta Álvaro Rodríguez, también representativo de dicha generación, presentados en ese orden, son los tres últimos autores seleccionados entre los escritores que han marcado la escritura capitalina. Representante el primero de la inmigración oriental, Cobo registra en particular su primer libro de cuentos, su emblemática novela *Los parientes de Ester* (1978) y, sobre todo, *La caída de los puntos cardinales* (2000), significativo título éste que puede darnos luces no sólo sobre la situación específica de los inmigrantes levantinos en nuestro país, sino también de los dos últimos elegidos de Cobo. Y es que no solo se trata de un problema de orientación geográfica que marca en particular a quienes debieran dirigirla por su origen indicador, sino que también tanto Suescún como Rodríguez se han empeñado en mantenerse al margen de los hechos más notorios de su tiempo, insistiendo en el refugio de la literatura, en la búsqueda de las ilusorias orientaciones del quehacer poético en medio del mayor prosaísmo y del sinsentido. Aun cuando forman parte de una literatura de “tercer orden” y solo puedan alcanzar frutos directamente proporcionales a esta circunstancia.

Antonio Silvera Arenas

La memoria y la amistad

Memorias críticas de un estudiante de humanidades en la Alemania socialista & Zuleta: el amigo y el maestro

EDUARDO GÓMEZ

Universidad de los Andes, Bogotá,
Colección Séneca, 2011, 140 págs.

LA ACUCIOSA editorial de la Universidad de los Andes, en su Colección Séneca (el origen de ese nombre, según reza en una nota inicial: el homenaje a una “culta” cabra que se paseaba oronda por el campus, es tan sorprendente y divertida como admirable), publicó en 2011 el título *Memorias críticas de un estudiante de humanidades en la Alemania socialista & Zuleta: el amigo*

y el maestro (nombre, tal vez necesariamente largo, y partido), del escritor y profesor Eduardo Gómez (Miraflores [Boyacá], 1932), quien entre 1959 y 1965 vivió en la antigua República Democrática Alemana (RDA) donde estudió Literatura y Dramaturgia gracias a una beca concedida por el Comité Mundial de la Paz.

Eduardo Gómez pertenece a un amplio grupo de escritores e intelectuales colombianos que tuvieron una participación protagónica a partir de los años cincuenta en el país, como Estanislao Zuleta, Mario Arrubla, Jorge Zalamea, Luis Carlos Pérez, Jorge Villegas, Jorge Child, Gerardo Molina, María del Rosario Ortiz Santos, Mario Vélez, Carlos Rincón y Armando Yepes, entre otros, quienes desempeñaron papeles trascendentales en la conformación de posiciones opositoras al régimen dictatorial de Laureano Gómez (1950-1951), así como más adelante al de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), y después a las componendas gubernamentales que instauraron el Frente Nacional y, por lo tanto, la nefasta hegemonía de los partidos Conservador y Liberal como supuesta solución al desencadenamiento de la violencia partidista en Colombia. Periódicos, revistas, editoriales y partidos políticos de izquierda fueron algunas herramientas que esta generación enfiló contra el predominio de las grandes castas políticas y económicas, así como a favor de una mejor educación y la instauración de canales culturales en pos de un país menos provinciano, sumiso y atrasado.



En 1959, Eduardo Gómez busca darse un respiro por fuera del país y logra viajar (de acuerdo con sus preferencias ideológicas y políticas) a Alemania

Oriental, donde la dominación política de la Unión Soviética se refleja como la expansión socialista en marcha. El relato del escritor colombiano, ágil, entretenido e ilustrativo, discurre sin apasionamiento ideológico. Da al lector los elementos de juicio suficientes para que él, a su vez, asuma una posición respecto a lo que fue la guerra fría en la cual se libraban intereses fundamentales en la permanente lucha por el predominio no solo territorial, sino también político y económico del mundo por parte de las grandes potencias: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Tal vez, incluso, no nos relata nada muy novedoso sobre lo que ya hemos conocido con suficiente prolijidad durante tantos años en libros, periódicos, revistas, películas y testimonios sobre la lucha encarnizada que libraban para la época las dos potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Una lucha sobre todo ideológica, política y armamentista en la cual el subterfugio y el adoctrinamiento eran vitales y redundaban, al fin, en la coerción a la libertad, en la mordaza a la opinión pública y en la violación de los derechos humanos. Pero el relato de Eduardo Gómez nos ilustra desde la perspectiva personal de su propia experiencia y nos deja entrever aspectos muy particulares que nos aclaran, además, acerca de la coherencia y la evolución que, de cierta manera, lograba una sociedad bajo el yugo de un estalinismo feroz que buscaba, por otra parte, y a como diera lugar, la total sumisión y el dominio político.

Desde su papel de estudiante y a la vez de intelectual comprometido y crítico, el escritor se detiene en el afán del Estado alemán por instaurar el realismo socialista como una estética a rajatabla en las artes, imperante por la época en todo el bloque soviético. “En las librerías no se conseguían autores como Nietzsche, Freud, Heidegger, Gide, Musil, Faulkner y de otros muchos, además de que se subestimaba la obra de otros autores como Dostoievski, Tolstói y Chéjov, que eran ocasionalmente editados pero no valorados como corresponde”, dice en un aparte (págs. 19-20) en el que alude, además, al desprecio y la explícita censura de autores como Nietzsche, la tardía y pobre edición de Kafka, y el celo por el teórico marxista húngaro